**NOVA IMPENDET**

Encíclica del Papa Pío XI sobre la crisis económica

a los venerables Hermanos los patriarcas, primados, arzobispos, obispos

y otros ordinarios en comunión y paz con la sede apostólica.

Salud, venerables Hermanos, y la bendición apostólica.

Un nuevo azote amenaza – y de hecho, ya en gran medida ha afectado- al rebaño que a Nos fue confiado. Este azote golpea muy pesadamente a aquellos que están más desamparados y que son Nuestros queridos hermanos, los niños, los proletarios, los artesanos y los pobres. Estamos hablando de una grave crisis financiera que pesa sobre los pueblos y que está acelerando en todo país el aterrador crecimiento del desempleo. Nos vemos multitudes de trabajadores honestos condenados al paro y que quieren tener la oportunidad de alcanzar para ellos y para sus familias el pan de cada día que según el divino mandato piden a su Padre que está en el cielo. Su lamento llega a Nuestros oídos y Nos mueve a repetir con la misma ternura y compasión aquellas palabras que brotaron del amante Corazón del Divino Maestro cuando vio a la débil multitud con hambre: “Me da pena esta gente” (Mc 8,2).

Más vehemente se torna Nuestra conmiseración mientras que contemplamos una multitud de niños pequeños que piden pan cuando no hay nadie para llevárselo. Estos pequeños, en su inocencia, están soportando la peor parte de la carga. Escuálidos y miserables, están condenados a ver desvanecerse las alegrías propias de su edad y a tener su legítima risa silenciada sobre sus jóvenes labios mientras observan con desconcierto a su alrededor.

El invierno llega rápidamente con todos los sufrimientos y privaciones que el tiempo frío inflige sobre los pobres, y especialmente sobre sus jóvenes hijos. Hay razones para temer que la plaga del desempleo, que ya hemos mencionado, crecerá y llegará a extenderse de modo que la pobreza empujará – Dios no lo quiera- a muchos a la miseria golpeando muchos hogares con la exasperación.

Estas cosas Nuestro corazón paternal no puede verlas sin preocupación. Por esto, como nuestros predecesores han hecho en circunstancias similares, especialmente nuestro inmediato predecesor de feliz memoria Benedicto XV, Nos elevamos nuestra voz y dirigimos Nuestra apelación a todos aquellos en quienes la fe y la caridad cristiana siguen vivas. Llamamos a una cruzada de caridad y socorro que cuidando los cuerpos y confortando las almas traerá un renacer de tranquila confianza, desterrará los consejos de muerte que la miseria engendra y extinguirá las llamas del odio y de la pasión, poniendo en su lugar los ardores del amor y la preocupación por el fin hacia el que las gentes unidas en el noble lazo de la paz se moverán, hacia la prosperidad individual y colectiva.

Es entonces una cruzada de piedad y amor, y sin duda también de sacrificios, en la que Nos reunimos a todos los hijos del Padre, a todos los miembros de una gran familia que es la familia del mismo Dios. Es propio de los hijos y de aquellos miembros de esta familia compartir no sólo las comunes alegrías sino también los dolores.

Nos convocamos a todos a esta cruzada como a un sagrado deber. Porque la caridad es un mandamiento de la ley del Evangelio que el mismo Jesús proclamó como el primero y más grande, incluyendo y resumiendo todos los demás. En días de guerra y de odios implacables, Nuestro inmediato predecesor con tanta fuerza y tan a menudo llamó a la caridad que se ha convertido en distintivo de su pontificado. Y ahora Nos queremos poner en la mente de los hombres el mismo y más amable precepto, no sólo porque es el supremo deber que encarna los demás preceptos de la nueva ley, sino también porque es el más alto ideal que puede ser querido por almas generosas, deseosas de alcanzar la perfección cristiana.

Nos creemos, que solamente esta generosidad del corazón, sólo este fervor de almas cristianas anhelantes de expresar ellas mismas en su sacrificio la devoción por sus hermanos, especialmente por los más necesitados y por la multitud de niños inocentes, tendrá éxito, y con un gran y unánime esfuerzo superará las graves dificultades de la hora presente.

Como resultado de una rivalidad entre pueblos, hay una insensata competición de armamento que es la causa del enorme gasto, desviando grandes sumas de dinero del bienestar público; y esto hace la presente crisis más aguda. Por esto Nos no podemos abstenernos de renovar y hacer Nuestros los solemnes avisos de nuestro predecesor que ¡Ay! no han sido escuchados al igual que Nuestras propias palabras no lo fueron. Os exhortamos a todos venerables hermanos a que esclarezcáis la opinión pública en esta materia con todos los medios a vuestra disposición incluyendo tanto el púlpito como la prensa para que los corazones de los hombres se tornen hacia los dictados de la recta razón y hacia las leyes de Cristo.

Nos alegra pensar que cada uno de vosotros llegará a ser una gran afluencia de la caridad y generosidad de vuestros fieles hijos, y que también llegaréis a ser centros desde los cuales las dádivas ofrecidas a vosotros serán distribuidas. En las diócesis en las que sea conveniente no vemos ninguna objeción para unir esfuerzos con los respectivos metropolitanos o incluso con alguna organización caritativa que ha dado prueba de su rendimiento y que disfruta de vuestra confianza.

Pero viendo que el esfuerzo humano es insuficiente sin la ayuda de la divina gracia, dirijamos fervientes plegarias al Autor de todo bien, para que Él en su infinita misericordia acorte este tiempo de tribulación. Y especialmente recemos por aquellos hermanos nuestros que están afligidos y repitamos con mayor sinceridad que antes la oración que el mismo Jesús nos enseñó: “Danos hoy nuestro pan de cada día”

Recordemos como estímulo y como consolación que el Divino Redentor apreciará lo que hagamos por sus pobres como si se lo hubiésemos hecho a Él mismo (Mt 25,40), y además, de acuerdo con otras de sus confortantes palabras, recibir a un niño pequeño por amor a Jesús es lo mismo que recibir a Jesús (Mt 18,5).

La fiesta que la Iglesia celebra hoy (los ángeles custodios) Nos recuerda como conclusión a estas Nuestras exhortaciones, aquellas emotivas palabras de Jesús quién después de haber construido murallas impenetrables alrededor de las almas de los niños -como expresa san Juan Crisóstomo - , añadió: “Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños. Pues os digo que sus ángeles en el cielo contemplan continuamente el rostro de mi Padre en el cielo” (Mt 18,10). Seguramente aquellos serán los mismos ángeles que presentarán en el cielo al Señor todos los actos de caridad realizados por la generosidad de vuestros corazones en nombre de estos pequeños, quienes a su vez, obtendrán abundantes bendiciones para aquellos que se han desgastado en tan santa causa.

Pronto celebraremos la anual solemnidad de Cristo Rey, cuyo reinado y cuya paz hemos anunciado al mismo tiempo que hemos rezado por ambas desde el inicio de Nuestro pontificado. Nos parece oportuno preparar esta fiesta con un solemne triduo por medio del cual imploremos del Dios de misericordias, consejos celestiales y regalos de paz. En promesa de esto, os enviamos venerables Hermanos así como a todo aquel que responda a nuestra llamada, la bendición apostólica.

*Dado en Roma, en el Vaticano, a 2 de octubre, fiesta de los santos Ángeles Custodios, en el año 1931, siendo el décimo de Nuestro pontificado.*

**PÍO XI**

Traducida del inglés por Pedro Galo